

La calle para el martes 24 de junio de 2008  
Diario de un espectador  
Aquel Día de san Juan  
por miguel ángel granados chapa

Presente siempre en nuestro recuerdo, grabado en la conciencia con la tinta indeleble de la tragedia, de tanto en tanto nos permitimos evocar aquel día de san Juan, el 24 de junio de 1949, en que conocimos la muerte violenta. En esa fecha vimos los primeros cadáveres con que habíamos de toparnos en la vida: cuerpos macerados, sangrantes a pesar de estar arrastrados por el agua cenagosa, golpeados durante su trayecto a algún punto de reposo, como el lugar en que la corriente chocaba con la alta acera (banqueta le decíamos allí y entonces) del edificio Reforma, el más alto de Pachuca, de sólo tres pisos.

Ese día el río de las Avenidas se salió de madre y esparció sus aguas en cuatro o cinco calles del centro de la capital hidalguense. Llamarlo río era un exceso. Se trataba más bien de un desagüero, que en las épocas de sequía mostraba su lecho pedregoso, en que a veces podíamos jugar. Por allí se fugaban hacia los llanos del norte pachuqueño (ahora ocupados por zonas residenciales y el estadio de futbol de los Tuzos) las aguas procedentes de la cañada que dio nombre a la ciudad. Pachuca viene del nombre náhuatl Pachoa, que quiere decir estrechez. En esa cañada se reunían las corrientes, casi siempre mansas, que bajaban de las alturas del Parque nacional del Chico. Para regularlas se habían construido tres pequeñas presas, La estanzuela, Jaramillo y El tulipán, una escalera de vasos que quitaba fuerza a la corriente, y permitía que con tranquilidad el agua tomara cauce a la vera de Loreto, la principal instalación de la Cia minera Real del Monte y Pachuca y entrara por el presunto río, que sólo parecía serlo en el verano. Se llamaba De las avenidas no porque los pachuqueños fuésemos tan presuntuosos que diéramos ese nombre a las calles, sólo algunas rectas, del casco urbano de la ciudad, sino porque en ese cauce se manifestaban las arremetidas súbitas que en hidráulica merecen ese nombre, avenidas.

Aquel 24 de junio, a la hora taurina, las cuatro de la tarde, se precipitó sobre la cañada de Loreto y sobre el centro de la ciudad un copioso aguacero, que ciertamente salía de las dimensiones normales, en aquella época en que el cambio climático no se manifestaba todavía como alterador de la regularidad meteorológica. Pero no fue sólo el excepcional volumen de lluvia lo que provocó la inundación. Los locatarios del mercado Juárez, no lejos del origen del río, habían adquirido la mala costumbre de arrojar al lecho casi siempre vacío su desechos, su basura, que con el tiempo, y sin que al parecer nadie se percatara formaron un tapón justo en un recodo, una curva que con aquel obstáculo impidió al agua fluir en el cauce y la hizo desparramarse hacia el propio mercado, la calle Venustiano Carranza, y luego a Hidalgo, y Zaragoza, y Ocampo y Leandro Valle, y Allende .

Quizá no fueron más las vías inundadas, pero en todas ellas el nivel del agua creció hasta cerca de dos metros. Arrastradas por la corriente, o ahogadas en sus domicilios, decenas de personas perdieron la vida. La destrucción material fue también grande, y en un caso al menos generadora de daños y perjuicios adicionales: se inundó la presidencia municipal y se perdieron los archivos de la ciudad, incluido el registro civil. Los grandes cuadernos con las inscripciones de nacimientos, matrimonios y defunciones aparecían días después, ilegibles, enteramente empapados, en sitios remotos al de su origen.

Como muchas tardes, Horacio Granados Chapa había permitido a su hermano menor acompañarlo a su tarea como precoz empleado (apenas tenía once años) del taller de zapatería de nuestro tío Alfonso. Llevaba calzado a medio hacer al acabado en un establecimiento en cuyo tapanco (luego sabríamos decirle mezanine) vimos azorados subir el agua.